

La terminación de la obra, es magistral. Después de traer a sus personajes a una serie de momentos y situaciones originados por ellos mismos, y su modo de actuar y concebir el mundo, resume la mayor fuerza dramática en la visión de un proceso penal ante la justicia de Nueva York. En un desenvolvimiento sereno, va pasando el desfile de los diversos incidentes del juicio. No incurre Rice en la falta de dar a los acontecimientos un desenlace definitivo, que se resolvería, o bien en una conclusión sentimental, y sin mayor importancia, o en un momento demasiado teatral, que perjudicaría la sobriedad. La terminación, es apenas la terminación de un fragmento de la vida de los protagonistas, en la que no hay nada inusitado, pero en la cual se halla un poderoso contenido emocional. Lo mismo que en un recodo de la vida se pierden de vista seres que hemos seguido un momento, así se desvanecen los hombres de este libro, sin que concluya aún la tarea de su vida, aún con infinitas posibilidades de sufrimiento y de alegría abiertas ante sí. Y al fondo, pétreo, impasible, y de una perdurabilidad que contrasta con la frágil y efímera estructura de los hombres, persiste la silueta, desdibujada entre brumas, de la Ciudad Imperial.

Pedro GOMEZ VALDERRAMA

SILVIO VILLEGAS: *La Canción del Caminante*. ("Litografía Colombiana". Bogotá, 1944).

"*La Canción del Caminante*" es el título del último libro de Silvio Villegas. En él, lo que más sorprende es la magia de su estilo. El gran escritor subsiste por su estilo. Nada más le es indispensable. El tema, el motivo central del ensayo carece entonces de importancia. No es preciso que el tema atraiga, que emocione su sola enunciación o que nos hiera individualmente, por resonancia. El escritor que ha llegado a manejar un estilo propio, característico, atrayente, pasa entonces sobre los temas; éstos pierden sus fronteras; el escrito es, sólo, la confesión del autor y esa confesión nos subyuga en todas sus proyecciones.

Por eso, la gran novela del siglo actual carece de tema definido. "A la recherche du temps perdu" de Marcel Proust es, pudiera decirse, sólo la reflexión prolongada del gran novelista sin un objetivo determinado. Las páginas se suceden y los relatos varían; el paisaje o la emoción, o el paisaje a través de la emoción, el amor o la variabilidad de todo sentimiento, con un fondo nostálgico de pesimismo esencial, por todos los ámbitos del pensamiento y de la sensación pasa el autor, armado de la gracia embrujadora de su estilo. Lo cual no quiere decir que el novelista no tenga qué decir.

Por el contrario, lo que caracteriza ese maravilloso estilo es que su propio encantamiento no deja de revelar los más sutiles resquicios del proceso emotivo. Del mismo modo, Thomas Mann nos liga a sus libros, profundamente, aunque la *Montaña Mágica* o las *Historias de Jacob*, *Los Budembruck* o su *Carlota en Weimar* sean, apenas, el sucederse del propio pensamiento de Mann, casi con independencia de figuras, hechos y relatos.

Esta misma tendencia —sucesión del pensamiento dentro de un gran estilo— parece caracterizar el libro de Silvio Villegas que comentamos. ¿Sus temas? Todos y ninguno. El amor o la muerte, el sentimiento negativo, el proceso del olvido cuando los rasgos de la amada empiezan a desvanecerse, a deformarse en una descomposición semejante a la de la muerte, la aspiración a la creación artística, el recuerdo como portador de goce o de desdicha, todo eso que define nuestra pequeña condición humana, todo eso de que está hecha la vida de todos los días, la vida de siempre.

Ese mismo carecer de tema limitado hace imposible clasificar el libro de Silvio Villegas. Su obra participa de la novela, de la creación filosófica, del ensayo estético, de la crítica literaria, de la relación autobiográfica, de la desnuda elación poética. Allí se mezclan el sueño y la realidad, la verdad y la belleza, lo leído en los demás y la propia inventiva, el sentimiento personal y el colectivo mundo de las ideas. Por eso, las páginas de *La Canción del Caminante* tienen una gran variedad y esconden una espléndida pluralidad de emociones diversas.

Sobre no importa qué motivo, externo o subjetivo, Villegas elabora minuciosamente, en cámara lenta, todo un sistema de filosofía, de estética o de psicología; encadena el tema con una sutil red de apreciaciones, de observaciones directas, de alusiones tácitas; sitúa con precisión los campos opuestos y se define ya por una tesis, ya por otra, con una sutileza mental y emocional realmente asombrosas.

Se ha dicho que las páginas literarias de Villegas se encuentran excesivamente cargadas de citas, de comillas, de transcripciones. Nada más cierto, pero nada más erróneo que hallar en tal hecho una causa de censura contra el notable escritor. Porque las citas, en sus obras, son vehículos indispensables para el desarrollo progresivo del pensamiento. Quien se queda en la cita o en la transcripción no merece el calificativo de escritor, pero cuando la cita es entraña del razonamiento, piedra indispensable para la clarificación de las ideas, su uso y su abuso son permitidos.

Por otro aspecto, como muchas veces se ha anotado, sorprende en Silvio Villegas la frescura de sus metáforas, la hondura de su criterio filosófico, su penetración psicológica y la fluidez de su estilo en contraste con su áspera y vibrante personalidad de político. Para nosotros, es un milagro indiscifrable esa convivencia de las dos actividades, la espiritual y la política, pues generalmente la

una va en detrimento de la otra. Entre nosotros, la política absorbe, esteriliza, limita. Y parece una injustificable traición consigo mismo la que comete el escritor o el artista que, no suficientemente asido a su creación, se deja arrastrar por el insípido huracán de los quehaceres políticos. Mas la traición no es sólo de quien así se deja arrastrar abandonando, consecuencialmente, toda actividad superior sino también de quien subdivide así su tiempo, restándole a la obra duradera todo el impulso que se malgasta en la faena equívoca de lo político. Es necesario pensar, enfrente de un libro como el que comentamos, lo que el país ha perdido en obra literaria, en filosofía, en belleza expresiva a causa de los días, los meses y los años que Silvio Villegas ha entregado a campañas demagógicas, a luchas electorales, a toda esa actividad que impone el juego político prolongado. Y no se arguya que sin esa dura labor política, sin ese contacto diario con la realidad parlamentaria, Silvio Villegas no habría podido dar forma y expresión a un libro como la "Imitación de Goethe" o "La Canción del Caminante" porque, por una parte, hay en Villegas un rompimiento total, medular, entre el escritor literario y el político, de tal suerte que este último no aparece jamás en las páginas de aquél y, por otra, porque la actividad política de Villegas habría podido trocarse, benéficamente, en toda otra clase de diversas actividades, fecundas esas sí, en orden a conseguir una obra estética o filosófica más profunda, más meditada, más hermosa.

Este es, finalmente, un problema de conciencia. De conciencia artística, o intelectual. Y no es justo entrar de jueces en dominios tan complejos. Bastante es ya lo realizado por Villegas para que seamos deudores suyos, y especialmente por este nuevo libro que adviene como una síntesis de belleza formal, de hondura psicológica y universal cultura.

Andrés HOLGUIN

DERECHO Y SOCIOLOGIA

PROF. ALEJANDRO LIPSCHUTZ: *El Indoamericanismo y el problema racial en las Américas*. Segunda edición, corregida y aumentada con 82 figuras. ("Editorial Nascimento", Santiago de Chile, 1944).

El autor de este libro, fisiólogo eminente, que ha regentado cátedras en las Universidades de Tartu (Estonia) y de Berna (Suiza) y que en la actualidad es Director del Departamento de Medicina Experimental de Chile, reúne en un volumen de 500 páginas los resultados de sus estudios sobre el problema social indoamericano.